



RESEÑA

MEDITERRÁNEO: MITOS E ILUSTRACIONES

DEL MAR NUESTRO AL MAR DE TODOS

MARÍA JOSÉ GUERRA



José María G. Gómez Heras y Jorge Febles Yanes (coords.) *El mediterráneo. Un lugar de encuentro entre culturas*. La Laguna, Centro de la Cultura Popular Canaria, 2006.

Mar entre tierras, mediterráneo. Ulises, volviendo a Ítaca, juega, en muchas de las intervenciones que componen este libro, el mito fundador del alma mediterránea. Ulises pasa de ser un exitoso y astuto guerrero que somete con ingenio la resistencia troyana a ser navegante arrastrado, por los malos humos de Poseidón, de acá para allá, de isla en isla. Entre peligros múltiples, zozobra su identidad: de príncipe queda convertido en náufrago y en mendigo. Sin embargo, él nunca olvida su rango y su misión. Sufrir la hostilidad de unos y disfrutar de la hospitalidad de otros, principalmente de otras –Calipo, Circe, Nausica...–. Finalmente, llega a Ítaca, prepara la venganza y da muerte a los pretendientes que amenazaban su trono y su hacienda. No contento con ello culmina la orgía de sangre con el ahorcamiento de las esclavas que supuestamente atendieron y mimaron a los que pretendían a su esposa Penélope y al reino de Ítaca. Adorno en “Ulises, mito e ilustración” nos ha dejado una lectura negra de la Odisea que con-

trasta con el ya señalado, dejo a su opinión si injustificado, optimismo mediterráneo. En el relato homérico, para el filósofo frankfurtiano, quedaban prefiguradas el ansia acumulador y la razón instrumental del capitalismo —el fin justifica los medios—, y el colofón del exterminio humano que se realizaría en Auschwitz.

¿Por qué no mejor la *Iliada* como mito fundacional mediterráneo? ¿Por qué no ser un poco menos complaciente y asumir que la guerra, entre tirios y troyanos, y seguramente más que por el amor de Helena por el control comercial de las rutas comerciales, es el mito fundacional? La lucha por el territorio y los recursos y la esclavización de los otros no son temas superados por Occidente, un Occidente que sufre, escondiendo bajo la alfombra las consecuencias del (neo)colonialismo, una fuerte disonancia entre los dichos y los hechos: defensor a ultranza de los derechos humanos los pisotea, sin embargo, sin embozo alguno. La “legalización” de la tortura es el último episodio de nuestra regresión civilizatoria. A esta luz, la lista de conflictos que Emilio Abad señala en el capítulo titulado “Paz y conflictos en el Mediterráneo”, haciendo un fino análisis de sus causas y unas certeras síntesis de sus desarrollos, no invitan al optimismo. La globalización de los conflictos es hoy el santo y seña de la actualidad. Nadie puede ya acotarlos localmente. Las fuerzas desatadas por las visiones maniqueas y simplistas se expresan a lo largo de toda la Tierra.

Un libro como el que reseñamos aquí nos sirve para aprender, auto-criticarnos y reflexionar y por eso agradecemos que en el panorama editorial canario se abra un pequeño espacio para albergar al ensayo, a las humanidades y a las ciencias sociales. La primera parte de esta compilación nos habla de “identidades culturales” y el subtítulo del libro pretende ser a la vez descriptivo y desiderativo: “Un lugar de encuentro entre culturas”. Sobre el asunto de las culturas, me voy a permitir hacer una pregunta ingenua: ¿creen ustedes que las culturas pueden “encontrarse” o “chocar”? Los seres humanos nos encontramos, en ocasiones a cañonazos, y nos desencontramos, los ejércitos chocan entre sí o como vemos diariamente impactan contra la población civil, unas economías dominan, parasitan o marginan a otras —el reciente fracaso de la ronda de Doha en la OMC señala el egoísmo agrícola europeo y estadounidense frente a la falta de expectativas de las producciones de los países del Sur, ...—. Últimamente me siento más cómoda con una visión minimalista de la cultura porque me parece que es más realista y porque determina menos: las culturas son tan sólo los modos en los que vive la gente. Esencializar las culturas y cerrarlas sobre sí mismas hablando por ejemplo de esa metáfora de las “raíces” —cuánta discusión sobre las raíces de Europa en el tiempo de las migraciones y las deslocalizaciones— no es una operación sin consecuencias. Existe una tendencia intelectual, que a la postre se revela funesta, a plantear que las culturas son el objeto de los desencuentros y conflictos dejando de lado los análisis sociales, económicos y políticos a los que antes de los años noventa, la década del multiculturalismo, estábamos acostumbrados.

Como bien nos indica José María G^a Gómez-Heras, la patología fundamentalista cierra la identidad religiosa y cultural, la blinda y le opone enemigos. Sin llegar a tanto, ciertos discursos culturalistas al uso cosifican la cultura que, sin embargo, es algo que está vivo, hibridado, en mutación continua en cada uno de nosotros y en nosotros como colectividad. En la era de las migraciones las denominadas “culturas” además no se corresponden con los lugares geográficos porque la dislocación que la globalización ha traído consigo hace que los referentes de la sociedad de consumo euronorteamericana estén en todo el mundo representadas por las marcas emblemáticas de sus multinacionales –Shell, Coca-Cola, McDonald,...– generando reacciones de asimilación o resistencia cultural. La dominación cultural es trasunto del poderío económico irrestricto del nuevo orden mundial que se expande a través de la revolución de las tecnologías de la comunicación en la que la televisión y las antenas siguen siendo las reinas. Tras esta prevención sobre el uso y abuso de las culturas y las identidades que recaen en el sueño mítico, me atrevo a dividir las intervenciones de este libro en descriptivas y normativas. En todas ellas se mezcla el deber ser, cómo deberíamos y/o desearíamos que fueran las cosas –bellas, pacíficas, fecundas, justas,...– y cómo, de hecho, han sido y son.

Apertura y retorno son las señas de Ulises. La herencia mediterránea se concibe en los términos de Ruiz Domènec, especialista en Literatura Medieval, como el basamento de Europa en el que el fulgurante protagonismo de lo greco-latino no debe oscurecer que la Europa moderna fue poniendo sus bases en el orden mercantil que asomó allá por el siglo XII, sobre todo en los burgos italianos: el comerciante alumbra al ciudadano y el ciudadano devendrá individuo. La interpretación de los textos del pasado será la constante reelaboración de los datos de la herencia y de sus transformaciones en la esfera literaria que alumbra la modernidad de la novela de Cervantes y de la reflexión trágica de Shakespeare. Salvador Miguel sancionará además que no existe ni cultura ni literatura mediterránea. Si hay una seña de identidad es la diversidad plural propiciada por los intercambios culturales.

Tras los análisis históricos y literarios, a mi entender, Lorite Mena nos pone en una senda fructífera al preguntarnos “¿Quiénes queremos ser?” La pregunta implica advertir la distancia entre el ser y el deber ser y, en paralelo, sugiere poner coto a la suficiencia cultural de Occidente, invocando precisamente a la guerra de Irak como muestra de abyección de “nuestra cultura”. Lo cito:

“...es posible ser demócratas en un espacio político claramente protegido por leyes, defender la libertad en una sociedad con derechos bien delimitados, y al mismo tiempo, obrar con una mentalidad mítica frente a “los otros”, frente a quienes no pertenecen a ese orden, utilizando, incluso, una aparente superioridad cultural como si fuera natural, congénita para marcar una línea de inflexibilidad con los que

están en otros espacios, no sólo políticos, sino, y aquí surgen los grandes fantasmas culturales, también étnicos, raciales, lingüísticos o religiosos.”(p. 68)

Los mitos fundacionales pueden asumirse como historia, pero no deben ser invocados para decidir el futuro. La propuesta de una antropología mínima, que parece correlativa a la de una ética mínima que podemos identificar con los derechos humanos de todos por igual hace resaltar la horizontalidad de los individuos frente al supuesto fatalismo de las culturas, naciones, etnias o religiones.

De religiones versa la intervención de Francisco Díez de Velasco en la que nos proporciona una rigurosa sociogeografía de las religiones de la región mediterránea en la que se alternan espacios homogéneos en cuanto a la sociología religiosa con heterogeneidad diversa, inter e intra-religiosa, y en la que no se descuenta ni los efectos secularizadores ni las derivas fundamentalistas reactivas que intentan someter a lo social bajo el yugo de una religión petrificada y ajena a la interpretación crítica. En consonancia con la afirmación anterior de Lorite Mena aporta nuestro compañero de la Universidad de La Laguna una importante precaución metodológica:

“No hay religión intrínsecamente conflictiva, todas lo son y todas pueden no serlo. Un análisis religiocéntrico y etnocéntrico que estima inaceptable a los diferentes se convierte en parte del problema (sobre todo si alienta la toma de decisiones por parte de los representantes políticos).” (p. 88)

A buen entendedor, pocas palabras bastan. La tradición descrita por Edward Said del *Orientalismo* y su visión prejuiciada así como la ineptitud intelectual y moral de los expertos norteamericanos en el Islam, cuyo mayor exponente es S. Huntington, se revelan como parte del problema por desorientar las soluciones y enconar los conflictos oscureciendo los contextos económicos, sociales y políticos.

El fundamentalismo se erige aquí como hecho social a analizar y así va a plantearlo uno de los coordinadores de este volumen colectivo José María G. Gómez-Heras. Si alguien esperaba una referencia única al Islam se va a sentir decepcionado. Los que, en cambio, atisbamos que la patología del integrismo asola a las tres religiones del libro vamos a encontrarnos con un estudio pormenorizado de la deriva fundamentalista estadounidense basada en la negativa a la aceptación de los análisis histórico-críticos de los textos sagrados. El mesianismo de algunas políticas queda explicitado en sus lenguajes maniqueos y demonizantes –eje del mal, imperio del mal,...– y en la proclama de misiones divinas que hacen que la opinión pública árabe rememore las Cruzadas. Recordemos a este respecto el interesante libro de Amin Maalouf titulado *Las cruzadas vistas por los árabes*.

El fundamentalismo amenaza la democracia porque pone por encima de los de-

rechos individuales proclamas religiosas o comunitarias. Es un fenómeno reactivo. Reacciona, inventando una pureza doctrinal, contra la modernidad y la secularización y arruina la convivencia y la tolerancia:

“El yo fundamentalista se troquela a sí mismo como autoafirmación exacerbada de la propia identidad. Tal identidad exacerbada adopta las formas patológicas del personaje-caudillo y del revolucionario mesiánico. El fundamentalismo excluye la pluralidad en nombre de una coherencia totalizadora, resultante de la posesión de lo absoluto y verdadero.” (p. 224)

La identidad si se ilustra históricamente se semeja a la hibridación y al mestizaje y no puede invocar ninguna pureza. Los otros nos habitan y aceptar la alteridad en el corazón de nuestra identidad es la única vacuna conocida para habilitar convivencias justas y pacíficas a través del diálogo propuesto por Octavi Fullat. El caso es que, querámoslo o no el Mediterráneo (y Canarias como enclave atlántico de viajeros y migrantes pueblos mediterráneos) es hoy, sobre toda las cosas, suma de fronteras en máxima tensión. Fronteras superpuestas a modo de un doble eje de intersecciones variables en este mundo globalizado:

-De un lado, la brecha Norte / Sur como límite entre África y Europa, un límite no sólo “cultural” –ya he intentado desacreditar en este texto el esencialismo culturalista–, sino, sobre todo, económico que expresa la brecha entre la riqueza y la pobreza. Nosotros, pueblos viajeros y migrantes hace un par de décadas debemos aceptar que ellos inmigrantes del Sur están entre nosotros colaborando a nuestro desarrollo. El drama de los cayucos y las pateras habla por sí solo de la asimetría del bienestar entre Europa y África y nos señala la responsabilidad moral y política de ser frontera Sur del viejo continente.

-Del otro lado, la falaz división Occidente (¿Estados Unidos/ Europa/ Israel?) frente a Oriente (¿países y pueblos árabes y/o islámicos con gran parte de su población viviendo en Europa o Estados Unidos?), eje en el que resuena la fatídica profecía del choque de civilizaciones que el 11 de Septiembre puso de actualidad al politólogo Samuel Huntington. Bastaron doce años –de la caída del muro de Berlín a la reacción de la administración Bush ante el ataque terrorista más espectacular de la historia– para rellenar el vacío dejado por el enemigo rojo y comunista. Años antes Edward Said nos había alertado de cómo los orientalistas habían construido un dudoso objeto de estudio en torno a la identificación de Oriente con el Islam en el que primaba una mirada esencialista y monolítica ajena a los análisis rigurosos de la sociología, la politología o la economía.

¿Cómo hablar de Oriente sin hablar de los efectos de la descolonización en un marco de juego geoestratégico entre EEUU y la URSS por la búsqueda de aliados,

del primero sobre todo apoyando el poder petrolero de Arabia Saudita y alimentando el integrismo talibán contra los soviéticos,...? ¿Cómo no hablar de la economía del petróleo, auténtico objetivo estratégico de Occidente en manos de los países de Oriente Próximo? ¿Cómo callar y ocultar el fracaso social y económico de los procesos de modernización en la orilla Sur y Este del atribulado Mediterráneo que han sido el terreno abonado donde se han fortalecido y reavivado las visiones fundamentalistas?

La utopía se llama, modestamente a mi entender, respeto a los derechos humanos, democracia, tal como nos indica Ángela Sierra, y orden internacional justo en el que las desigualdades económicas –analizadas en este caso por el profesor Collado Medina– se atiendan así como se eviten las humillaciones culturales y religiosas a los otros. Desactivar la violencia inscrita en la oposición ellos/nosotros es la obligación moral de todos. Nosotros somos ellos y ellos, bombardeados, hambrientos y repudiados, viven y están en nosotros. Justicia, reconocimiento y paz son ideales que exigen diálogo, negociación justa y tolerancia. Si el Mediterráneo en su mítica optimista es “lugar de encuentro”, el mestizaje y la hibridación tienen que ser sus notas constitutivas frente a las exclusiones políticas y económicas.

¿Estamos políticamente volviendo a una situación internacional, que como me comentaba una de las participantes en este libro, Ángela Sierra, parece anterior a la constitución de la Sociedad de Naciones? Me atrevo a diagnosticar, sumando la pasada “crisis” mediterránea de la invasión del Sur del Líbano a la anterior invasión de Irak, realizada igualmente sin legitimidad internacional alguna, que vivimos un inequívoco retroceso civilizatorio y que la barbarie de la fundante guerra de Troya queda empequeñecida con las magnitudes de la guerra preventiva contemporánea –en la que el ataque más brutal es identificado con la legítima defensa al margen de toda proporcionalidad–. La civilización es carcomida por la barbarie belicista y el uso de la violencia cierra la puerta a las posibilidades de una nueva ilustración dialogante e intercultural en y allende el Mediterráneo.